

Buenos principios

El problema de la idea y el músculo que plantea Flavio Cruz es bien antiguo y no he de ser yo quien resuelva interrogantes, volviendo sobre lugares comunes como el de Pitágoras, Alejandro, u hombres de pareja solidez intelectual y física; ni volveré tampoco al “camino viejo” de las excepciones que Leopardi o Beethoven, como hombres de grandes espíritus y cuerpos deformes y contrahechos, nos proporcionan. Y a propósito, ocurre el cómico fenómeno de que quien está flaco, tiene un defecto físico o es más bajo de lo normal, se siente hombre de excepción. Un mi compañero, por tener unos centímetros menos que los demás, se dejó bigote a la manera hitleresca y entró a formar en el ejército de los incomprensidos. Sin preguntárselo sostenía que “las grandes esencias se contienen en frascos pequeños” o cosa por el estilo; como héroe de novela psicológica, tenía un complejo de inferioridad ante sus compañeros de más centímetros que él, complejo que exteriorizó en desprecio total.

Le concedo a Cruz algún acierto al seleccionar la frase del humorista inglés, pero nada más que como frase. Literariamente opinamos lo mismo, pues creo que libros como los de Pitigrilli o Jardiel Poncela no se merecen demasiada lectura o, si mucho atraen, que figuren en la lista de “obras para leer en tren o después del tifo”.

¡Pobre de mí, el hombre del “complejo de inferioridad”! No me lo había diagnosticado nadie. Desgraciadamente, cosas tan íntimas no corresponden sino al interesado que verá de curárselas por algún medio. Tales asuntos son de mal gusto mostrarlos al público; es algo así como poner macetas de flores en vasijas ya inservibles, antiestéticas y de una sola oreja.

Desconocedor de ese mecanismo de pruebas que van y vienen, de tildes y comas, recojo la alusión al error de escritura del nombre de Bette Davis y, para su enmienda, se lo remito a Luis Eduardo, si es que así se llama el linotipista.

Mucho lamento seguir en mi fidelidad por las colegialas en azul claro, desconociendo, a pesar de sus múltiples cualidades, ese fin práctico que Cruz atribuye a las damas en rojo fuerte. Y, si al consejito aludimos, no lo necesito, se lo devuelvo. Bien puestos tengo los ojos, (parece que es una herencia), y nunca incurriré en daltonismos que a Flavio Cruz mucho preocupan.

A más de campeón de natación, poseo premios como el mejor alumno en caligrafía y trabajos manuales, fuera de que mis “sanos principios morales” me candidatizan como perfecto miembro de la “sociedad de padres católicos”. Esto a título de información para utilidad de mi distinguido amigo en próximos escritos.

DICKEN CASTRO DUQUE
Bachiller del Colegio
Camilo Torres

